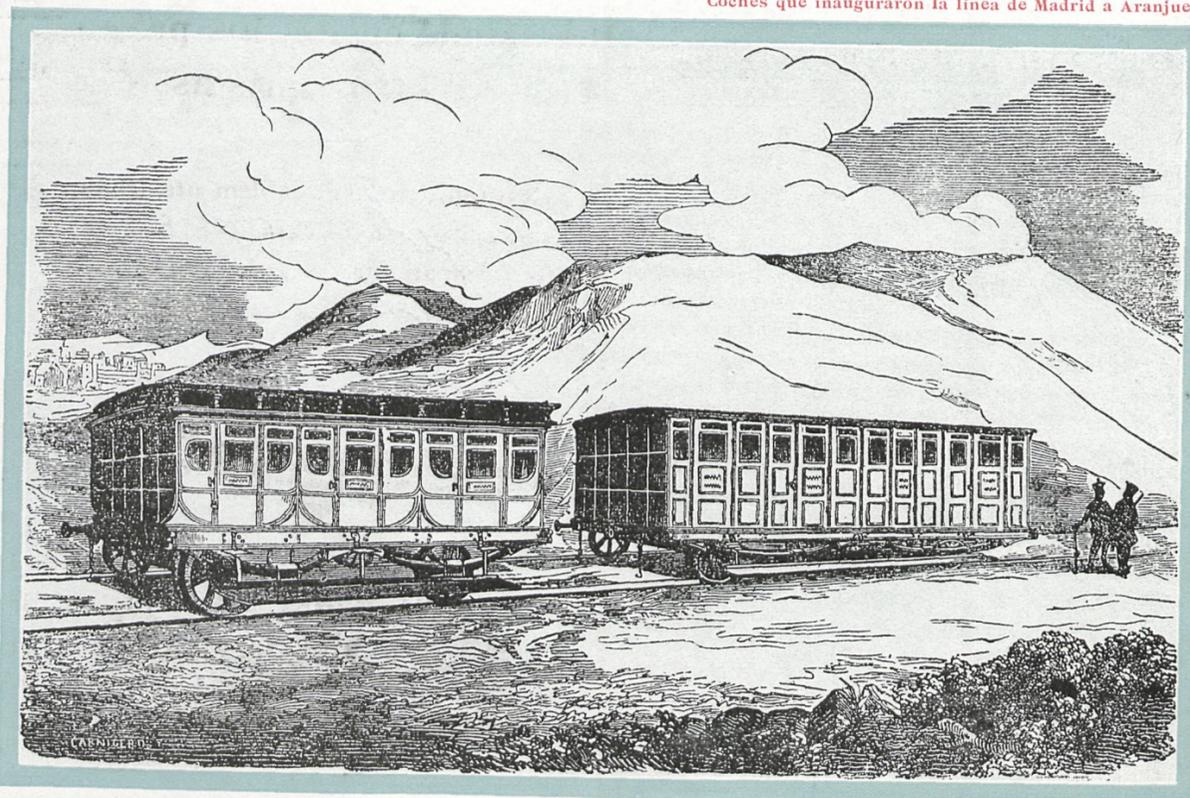


Primitiva estación de Aranjuez.

ESTACIONES DE MADRID

Coches que inauguraron la línea de Madrid a Aranjuez.



ASI dice Madrid, en su autobiografía, por boca de Federico Carlos Sáinz de Robles. Y los que a Madrid vinimos y en Madrid vivimos, tenemos que darle la razón. En la capital de España viven gentes que llegaron de fuera y que aquí afincaron, trabajaron, lucharon, vivieron y murieron, dejando una familia ya irremediabilmente madrileña.

Cuando Madrid empezó a crecer, ya capital de la Nación, sus murallas se le quedaron pequeñas: sus puertas dejaron de serlo realmente para convertirse en centros de actividad comercial, social y política. Y comenzó España a venir a Madrid. Floridablanca cuidó de carreteras y caminos, y en el año 1828 se invertían en un viaje desde Cádiz a Madrid, «solamente» veinte días...

Madrid ha seguido creciendo. Y le ha ocurrido como a los niños, que de los diez u once años pasan, sin que nos demos cuenta, a los quince o dieciséis, adquieren aire casi de adultos, y siguen siendo niños en su corazón. Nuestra capital ha crecido; tiene aires y realidades de gran ciudad, pero conserva un algo de íntimo y popular, un espíritu netamente clásico, que la salva de influencias de todas clases y nacionalidades: conserva su «yo» auténtico, su tono señor, sincero y simpático del muchacho que contempla, entre asombrado y orondo, sus propios adelantos.

Y a Madrid sigue llegando gente de toda España y de todo el mundo. Pero ¿por dónde llegan y por dónde salen esas gentes? ¿Qué puertas maravillosas se abren y se cierran, manteniendo regular, rítmica y constante la circulación del corazón de España? Sus estaciones de ferrocarril cobran, pensando en ellas desde Madrid, «desde dentro»,

popular porque así se llama la estación del «Metro» que más cerca queda de las verjas del ferrocarril.) Pero Mediodía la define mejor. Esta palabra produce una sensación de plenitud solar que va muy bien a las tierras que ante ella se abren. Sugiere ideas de sol español, de campos templados, de vida «nuestra». La inauguró la Familia Real. Aunque, hablando en verdad, la inauguró o utilizó por primera vez el Cuerpo de Infantería, que bajo la gran marquesina celebró, el 8 de diciembre de 1851, un banquete para conmemorar la fiesta de su Patrona. Pero oficialmente, el 9 de febrero de 1852, salió de ella el primer tren, que dejó a la Real Familia a la puerta misma del Palacio, recorriendo los últimos metros, dentro de los jardines —según cuentan las crónicas— sobre raíles de plata.

Ahora, entre Aranjuez y Madrid, casi no hay distancia. Cuando pasan por Aranjuez los viajeros que vienen del Sur, casi piensan ya en ir bajando las maletas de la red. Todo Levante y todo el Sur de España se despliegan ante las vías de la Estación del Mediodía. Y por ellas llegan a diario cientos de trabajadores de Andalucía y de Cataluña. Vienen ansiosos de la vida de Madrid: entran con los ojos abiertos, la mente como en blanco, para grabar cada movimiento distinto, cada vibración moderna de la capital de España. Y traen a Madrid toda la vitalidad ibérica, todo el tesón y el espíritu de trabajo que permanece en cada aldea, en cada pueblo. Son la versión moderna de los viajeros del «corto de Guadalajara», síntesis e imagen del papanatismo inocentón de hace cincuenta años. Vienen a veces aturdidos, casi no saben salir del andén, se empujan; es la gran ciudad, que les anonada. Vienen

una importancia excepcional. Adquieren vida propia y personalidad definida.

Hablaremos primero de Delicias. ¿Por qué? Quizá porque es la más pequeña, porque dicen que va a desaparecer, porque tiene poca historia. Don Francisco Wais, historiador de los ferrocarriles de España, no la concede demasiada importancia, ni da muchos datos sobre ella. Se fundó en 1800 y pico, en la segunda mitad del siglo, desde luego; de ella salen líneas hacia el Oeste, hacia esa frontera que a nosotros casi no nos parece auténtica: la de Portugal. (Al hablar de nuestras fronteras, pocas veces incluimos la que tenemos con nuestros vecinos del Oeste.)

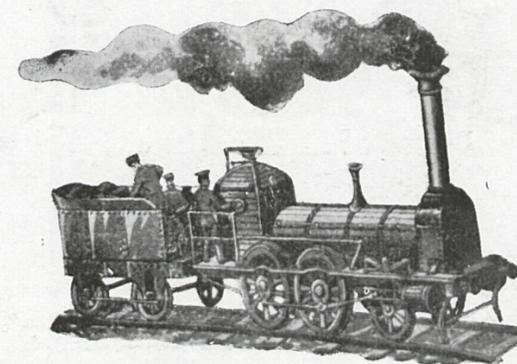
Delicias, con nombre de pastelería o de marca de galletas, es una estación provinciana, pequeña, ordenada: no «de van» las familias ruidosas, ni los hombres de negocios apesurados, ni los grupos de turistas. El sol que entra en su recinto encuentra un aire tenue, limpio, con sólo una neblina de carbonilla. Es medianamente clara, medianamente ruidosa, siempre dispuesta a recibir al viajero, como ella, discreto y silencioso.

Pero, en realidad, las dos válvulas que regulan Madrid son sus dos grandes Estaciones: Norte y Mediodía, o Príncipe Pío y Atocha, como ustedes quieran. Mantienen la vida madrileña en sus dos más claras expresiones: nos dan el contraste de vidas, de costumbres y de ambientes que son nota distintiva de las ciudades realmente grandes: clasicismo y modernismo.

Los madrileños prefieren llamar a las estaciones ferroviarias por sus nombres geográficos. (Atocha es nombre

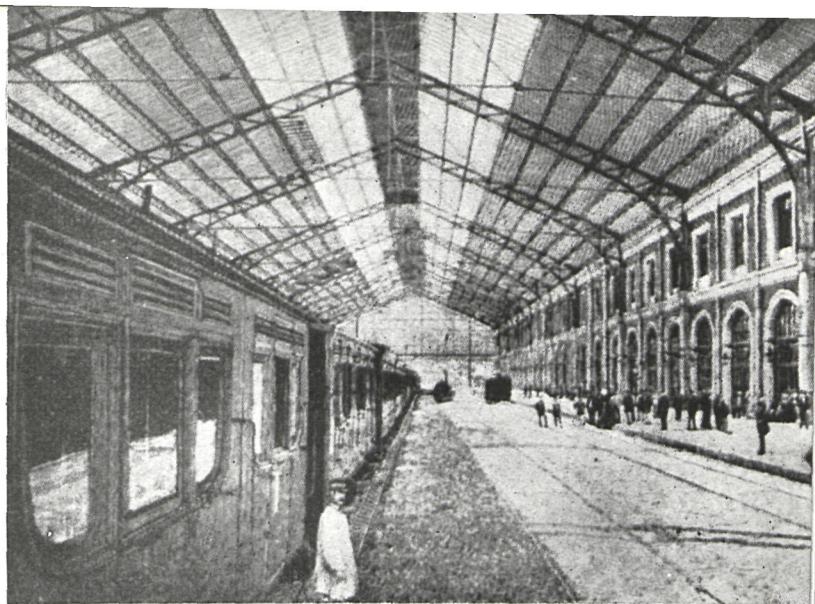
Por donde entran los paletos... y otros turistas

«Soy feo, pero, indudablemente, tengo ángel. Soy un feo gracioso. Soy un feo simpaticote. Alguien ha dicho que atraigo irresistiblemente.»





Un grabado antiguo sirve de contraste a una foto de Leal, tomada hace unos días, de la Estación de Príncipe Pío, más conocida y más popular como la Estación del Norte.



dispuestos a enfrentarse con un mundo moderno, a que les asfixien en el «Metro» y a no ver el cielo estrellado más que a trocitos, en lo alto, al final de un angosto patio de vecindad.

La Estación de Mediodía es ruidosa, grande, destartalada, alta de techos, como las casas antiguas, llena de pitidos y humo de trenes. Es una estación a la que las familias de la clase media acomodada llegan, camino de cualquier playa, cinco minutos antes de la salida del tren, con mucho equipaje, con el tiempo justo para dar unos abrazos a la familia, colocar las maletas y estrechar las manos que se les tienden, presurosas y anhelantes, desde el andén que ya se va quedando atrás... O el hombre de negocios, acostumbrado a viajar, que sube al vagón con su gran cartera de piel como único equipaje, como si no oyera ruidos, ni notara el humo, y se instala, discreto y silencioso, en su asiento de pasillo, meditando sin duda en el asunto que habrá de resolver en Levante.

Es, en definitiva, una estación tan nuestra, que andamos por ella confiados, sin miedo a que desaparezca el equipaje o se nos vaya un tren. Del anecdotario que posee cada estación, sacamos un pequeño episodio. Llega de X un matrimonio joven con su hijo de cuatro o cinco años. Seguramente no hicieron viaje de novios: ahorraron algún tiempo más para poder venir ahora a Madrid. Lo primero, al llegar, tomar un «taxi», en el que dejan al niño mientras retiran el equipaje. Mientras tanto, el guardia ordena que siga la circulación, y el chófer del «taxi» avanza hasta encontrar un sitio, cerca, donde poder esperar. Pero pasa el rato y las horas, y el niño sigue en el «taxi» y los padres no aparecen. Pero como Mediodía es, al fin y al cabo, España, el chiquillo se pasa el día con los agentes de la Brigada Móvil y, ya al final de la tarde, aparecen los padres a buscarle, asustados, desesperados y rendidos.

La antítesis, la oponente a la Estación de Mediodía es la del Norte. Su nombre nos habla de países distintos, brumosos, de fronteras, de extranjero... Sus amplias escaleras y enormes ascensores están siempre dispuestos a recibir al turista de esplendoroso equipaje, o a despedir al grupo de estudiantes que, disimulando apenas su emoción, suben al tren, lanzándose a la aventura de descubrir y conquistar personalmente países nuevos.

Se fundó un poco después que la de Mediodía y durante muchos años no tuvo una gran categoría, porque la central de la red era Valladolid. Pero pronto surgió la moderna estación que hoy conocemos, y empezó a darse, desde el primer momento, mucho «tono». Cuentan las más secretas crónicas que tuvo durante algunos años un Jefe que, como suele decirse, «vestía el cargo»: conocía a todos los peces gordos de la vida política del momento (o, al menos, presumía de conocerlos) y actuaba de maestro

de ceremonias extraoficial en muchos recibimientos. Un buen día la Estación del Norte se engalanó, se levantó una pasarela cubierta de tapices desde la entrada hasta el andén, y del tren que llegaba de Francia bajaron una dama y un caballero, indudablemente extranjeros. Aunque sólo se esperaba a la dama, se consideró lógico que viniera acompañada. Y con gran aparato partió la comitiva, llegaron los viajeros y el séquito a Palacio, y allí se descubrió que no eran los esperados, mientras la dama para la que aguardaban pasarela, tapices y acompañamiento, era escoltada en un simple «taxi», por dos agentes de Policía, hasta Palacio. Falló el maestro de ceremonias, temblaron por un momento los políticos, nuestros internacionalistas se llevaron las manos a la cabeza... y todo se arregló con una intervención lógica de los «nativos» Angeles de la Guarda de la Estación.

Los españoles tenemos en todas las estaciones y en todos los países del Mundo la misma confianza, a veces excesiva, en... no sabemos qué. Abandonamos las maletas en el pasillo del tren, nos dormimos y a la mañana siguen allí las encontramos. Dejamos el maletín a nuestro lado, en el andén, mientras compramos una revista... y algunas veces no volvemos a verlo. Pero no importa: seguimos teniendo confianza en no sabemos qué. Sin embargo, los extranjeros, que en el Norte vienen a ser como los «paletos» en Mediodía, llegan también aturridos y con los ojos abiertos, aunque lo disimulan todo lo que pueden. Pero son buenos viajeros, conocen sus deberes y sus derechos y reclaman la intervención de la autoridad con toda naturalidad en cuanto lo creen oportuno.

Llegó en cierta ocasión a la Comisaría de Norte un matrimonio extranjero; estaban agitados, sobre todo la señora. El asunto no era para menos: habían ido a recibir a unos amigos que llegaban de XX, y mientras esperaban, les habían robado el coche. Salieron los agentes al patio de aparcamiento de Cercanías: ellos habían parado el coche, un «Ford» de color guinda, «aquí», y como no les permitieron dejarlo en la puerta, dieron una vuelta y lo aparcaron «allí enfrente». Pero el coche no aparecía: dieron toda clase de datos, la señora se impacientó en exceso, los amigos recién llegados esperaban pacientemente... y un rato después se encontró el coche, pero en el patio de la entrada principal, no en el de Cercanías, como aseguraban.

Madrid ha crecido: ha agrandado su casa y acoge en su recinto, con sol tibio, aire limpio y brazos abiertos, a cuantos a él llegan con corazón amigo y buenos modales. Y no hablamos de los que de Madrid se van, porque esos, si pueden, vuelven.

M.^a FLOR COLMENARES

Notas de un curioso



EL PREMIO NOBEL Y SU LXI ANIVERSARIO

El hombre muchas veces, en su ambicioso correr por descubrir lo ignorado, llega sin desearlo hasta el mismo mal.

Así, por ejemplo, después de una vida de sacrificio y privaciones en busca de algo noble y sagrado, ve acercarse la hora de la muerte con un desastroso balance, en el que comprueba, ya demasiado tarde, que su esfuerzo, esos años de lucha y algunos de fracasos y triunfos, ha sido consagrado en contra de la Humanidad.

Algunos, muy pocos, quieren enmendar el mal causado con una obra piadosa que mitigue, en parte, sus remordimientos antes de abandonar este mundo, al que, posiblemente, con sus descubrimientos, habrán hecho más duro, más cruel.

El día 10 de diciembre de 1896 —en estos días hizo sesenta y un años— se encontraba en este trágico instante Alfredo Nobel, ingeniero y químico soñador, que al enfrentarse con el prólogo del más allá recordaría en los breves momentos que le restaban de vida las incidencias de su trabajo en beneficio del bien, y que el hombre, por desgracia, empleó en servicio del mal. Recordaría sus ensayos, sus dudas, su alegría del triunfo al mezclar la nitroglicerina con otras materias fuertes; al inventar la dinamita, que le hace dueño de una fabulosa fortuna y de una terrible responsabilidad: que los hombres se destruyan y se maten utilizando su invento. Una responsabilidad que le asusta y le desasosiega.

Y es, en esta hora de terrible sinceridad, en ese 10 de diciembre de 1896, cuando Alfredo Nobel, el moribundo Alfredo Nobel, al dar por liquidadas sus más bellas ilusiones, sus más queridas esperanzas de contribuir al mejoramiento de la Humanidad, crea en un postrer y ronántico esfuerzo el Premio Nobel. Se encuentra grave y sin descendencia. Ha fracasado en su intento, pero su espíritu, generosamente idealista, se rebela contra la derrota. En su testamento dispone que todas las rentas de su considerable caudal sean destinadas a premiar a los hombres de ciencia y letras que más destaquen con sus obras en pro de la Humanidad.

Los Premios Nobel, por un importe de 140.000 coronas, un diploma y medalla de oro, son adjudicados por los siguientes organismos: Física y Química, por la Academia de Ciencias Naturales de Estocolmo; Fisiología y Medicina, por el Instituto Médico-Quirúrgico de la misma ciudad; Literatura, por su correspondiente Academia, y el de la Paz, por cinco miembros del Parlamento sueco.

El Premio Nobel puede concederse a distintas personalidades a la vez, con tal que no sean más de tres, y en dicho testamento se instituye la obligación de otorgarlo, por lo menos, una vez cada cinco años. Recientemente se ha concedido a varios ilustres científicos, entre ellos, a dos jóvenes investigadores chinos.

Antes de 1936, Alemania había conseguido 29 premios, de los 109 otorgados desde su creación; Inglaterra seguía a los alemanes, con 27 galardones; Francia, con 26; Estados Unidos, con 15; Suecia, la patria que vio nacer a Nobel, figuraba en quinto lugar, con 12; Holanda obtuvo 6; Austria e Italia, 5; Bélgica y Noruega, 4, y España, 3, por los méritos de Echegaray, Benavente y Ramón y Cajal, dos escritores y un médico; galardones que, en lo que se refiere a nuestra Patria, se han visto aumentados al concedérselo al glorioso escritor Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel de Literatura 1957.

He aquí el significado de esta distinción universal que creara Alfredo Nobel, ingeniero, idealista, misántropo, inventor y millonario sueco, que quiso con su fortuna alentar los esfuerzos en pro de una causa noble, por la que sigue luchando desde su última y definitiva morada.

ANTONIO GULLON WALKER

LA ILUSION INTACTA

Si al retablo de las fiestas animadas por la inspiración y el recuerdo del Nacimiento del Señor le suprimiésemos las tiernas y enternecedoras figuras de los niños, se nos iba a quedar en un friso triste, esencialmente desangelado, casi imposible para el gesto sin adustez. En el fondo, las Navidades, en su acepción más entrañable, no son otra cosa que una invitación al regreso a la niñez del mundo, a su inocencia primera, a las fuentes iniciales de su pura alegría. Así, pues, a los niños —si queremos mantener la significación primitiva de estas fiestas— hay que concederles un papel de protagonistas. Pero a condición de que sean protagonistas jubilosos, con su alforja de ilusión colmada, con su zurrón de sueños llenos de cristalizaciones alborozadoras. Y si vamos a servir honestamente este propósito, hay que andarse con mucho ojo. Porque todavía subsiste, en amplias zonas, el criterio mostrenco y desdichado de que a los niños se les estafa fácilmente, de que son materia muy apta para el fraude, de que se les puede engañar sin riesgo ni remordimiento. Tantos montones de estúpida literatura infantil, tantas montañas de prosa boba concebida como si sus destinatarios fuesen inhibidos mentales o seres sin sensibilidad ni fantasía, prueban bien a las claras que muchas gentes se han venido acercando a los niños sin inteligencia y sin amor.

Es tremendo que todavía constituya una revelación para muchos la noticia de que no hay nadie con más fino instinto para la percepción de lo justo o lo injusto, para distinguir los caracteres de lo feo o lo bello, que los niños. Sólo así se explica que aún haya alguien que ofrezca un juguete viejo para los niños pobres. Yo bien sé que habrá muchos que, defendiendo los últimos reductos de su torpeza o de su sordidez, dirán que ellos dan los juguetes viejos porque alguien se los pide. Pero sólo quien padezca una absoluta falta de imaginación podrá creer que se justifica con este razonamiento.

Todo el que pide —los maestros, los religiosos, los regidores de cualesquiera patronatos para la infancia— un juguete viejo para «sus» niños, lo hace con la consoladora esperanza de que nadie le enviará esa especie de recuelo de la ilusión infantil, ese desecho de la alegría, ese maltratado trasto, ya con todas las ascuas del ensueño apagadas en su entraña, que es el juguete arrinconado, mellado y en desuso.

Claro que hay quien manda juguetes viejos. Y yo incorporaría a la antología del humilde y piadoso heroísmo civil la labor de esas gentes —otra vez los religiosos, los regidores de patronatos para la infancia, los maestros— que en estos días reparan, remiendan, restauran, lañan, zurcen, barnizan y pulen juguetes viejos para darles una apariencia de producto virginal e intacto. Es una tarea difícil y delicada, en la que se pone mucha imaginación y amor, dos cosas que, ciertamente, les faltan a quienes regalan juguetes viejos.

Por lo que pueda valer para los antecedentes de una estadística cuyos guarismos se acumulan en el corazón, me apresuro a decir que Madrid no regala juguetes viejos, o apenas los regala, porque claro está que siempre queda algún rezagado. La experiencia abona esta afirmación. Sin que haya mediado una limitación expresa a este llamamiento tradicional a la generosidad, y al que nadie ha respondido enviando un lote de juguetes viejos.

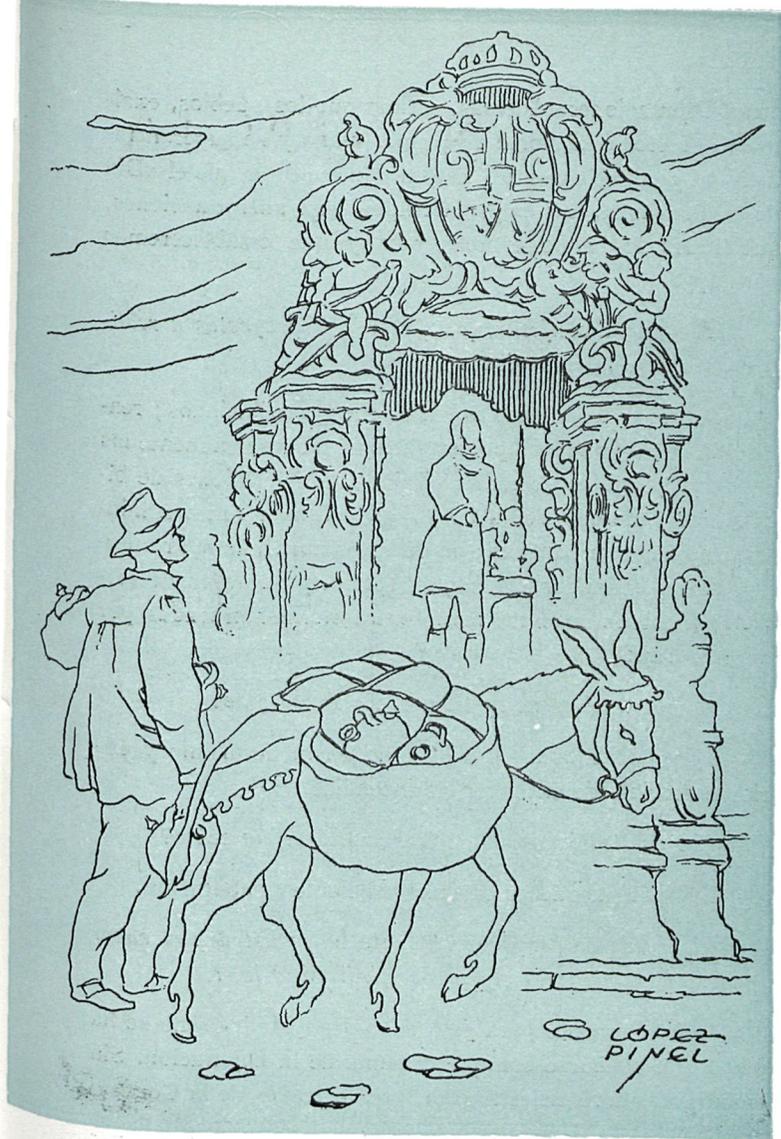
La Festividad de los Reyes Magos ha sido concebida pensando, sobre todo, en los niños. Pensando en que las manos de ningún niño podían quedarse en ese día vacías de tan poético don, de ese presente de ascendencia angélica que es un juguete.

A las manos de los niños de los Colegios de la Diputación y de sus Establecimientos hospitalarios han llegado los juguetes «nuevos» que cada año les envía este Organismo como un ilusionado mensaje de paz y amor. Alegría que ha llegado también como el más simpático mensaje a los hijos de los funcionarios de la Corporación Provincial, gracias a esa compenetración que en todo momento ha dado muestras su Presidente, el Marqués de la Valdavia, que en estas fechas se siente siempre un poco Rey Mago.

Madrid, como siempre también, ha abierto la mano, con un amplio gesto cordial, a los niños en general. Madrid se ha sumado a la fiesta para que todos sus niños tengan juguetes nuevos, es decir, su ilusión intacta, aureolada por la vigencia de unos sueños no traicionados.

Pienso en la alegría de esos niños y, tanto como en ella, en la de esas madres que no verán a sus hijos manipulando objetos de desecho, averiados anhelos, destrozadas esperanzas. Pienso también en la importancia que tiene esta doble alegría, porque recuerdo que alguien dijo, mucho antes de ahora, que la mano que mueve la cuna rige el Mundo.

ARGIMIRO TORRECILLA



"La provincia se va transformando y muchos de sus pueblos cuentan ya con elementos precisos para hacer la vida más grata"

Declaraciones del Marqués de la Valdevia, Presidente de la Diputación Provincial, a un redactor del semanario "Crítica"

Un redactor de la revista Crítica ha sostenido una interesante entrevista con el Marqués de la Valdevia, Presidente de la Diputación, que con mucho gusto reproducimos.

—Señor Presidente: ¿Se halla usted contento por la labor realizada en este año de 1957?

—Pues sí; me hallo contento porque hemos actuado con gran efectividad. Poco a poco la provincia de Madrid se va transformando y su fisonomía es bien otra en muchos de sus pueblos, que ya cuentan con los elementos precisos para hacer la vida más grata. De esta forma, cuando en los pueblos no se carezca de lo más elemental, se irá redu-

ciendo la emigración hacia los grandes centros urbanos. Su agricultura mejora año tras año. El regadío en algunos sectores de la misma acusa una eficacia considerable, y como consecuencia de este mejoramiento y de haberse dotado a los pueblos de medios que hacen la vida más agradable, está disminuida en gran parte la justificación de salir de ellos.

—¿Qué fallos ha notado usted personal y oficialmente en la labor?

—¿Qué quiere usted que le diga?; si soy sincero, tendré que decirle que no, que no he encontrado fallo alguno. Personalmente pongo toda mi voluntad en mi misión; ofi-